

# EN EL M'ZAB

(Es así porque es así y Alá lo quiso)

CUENTO EXOTICO

A.E. MICHEL

Aisa tiene siete años. Está sentado en el borde de la "m'sala" (explanada para las oraciones) que se encontraba frente a la casa del Caid y contempla el pasar cansino de sus paisanos vestidos ligera e inmaculadamente. Allá al fondo, bajo las arcadas y al abrigo del sol que azotaba despiadado la gran plaza y las casas pintadas de ocre pálido y azul celeste; sentados en cuclillas y formando grupos más o menos numerosos, muchos de los habitantes masculinos de Beni-Izguen, de graves ojos y barbas bien peinadas, cambiaban mesuradas palabras acompañadas de medidos gestos sin hacer caso a los "dellals" (vendedores ambulantes) que ofrecían las más heterogéneas mercancías. Era el atardecer y pronto el muecín llamaría para la última oración del día.

Aisa, si bien miraba a todo esto, en realidad no lo veía. Aisa era un niño reconcentrado, poco amigo de corretear y saltar "si no era preciso". A él le gustaba soñar y, por ello, su mente se perdía en fantasías sobre la última lección que el "fagib" (maestro) les había dado sobre la grandeza de Mahoma y sus milagros, sobre la historia de los mozabitas o sobre las maldades de los "rumis" (cristianos).

Nunca sabremos en que soñaba esta vez ya que un compañerito de su misma edad y singularmente parecido a él, se sentó a su lado todo sonriente.

—¡Salma! -casi gritó con la sorpresa pintada en el rostro- ¿Qué haces vestida así?

— ¿Te gusta? -preguntó pavoneándose el recién venido, o mejor, la recién venida porque de una niña se trataba: la hermana gemela de Aisa.

Y así comenzó una historia que ningún mozabita quiere oír mentar pues atenta a su estricta moral y sus autores son dignos de la más fulminante de las "tebrias" (excomuniones mozabitas).

Aisa y Salma eran gemelos. Cuando nacieron en el solitario y oscuro cuartucho de los partos, su madre se las vio y deseó para -completamente sola como es la costumbre- traerlos al mundo. Cuando acudieron en su ayuda las mujeres de la casa, la encontraron desmayada, por lo que no puedo decir cuál de los dos nació primero. Pero a su padre no le importó el detalle en absoluto. Para él sólo contaba el varón. La "otra" sólo era una boca más que alimentar y "una fuente de desgracias" como decían los sabios y no lo dirían en vano y sin fundamento.

Por ello, desde el principio Aisa fue mimado por todos mientras que Salma, aunque también lo fue por las mujeres, fue prácticamente ignorada por su padre. Y, sin embargo, si físicamente uno era varón y el otro hembra, anímicamente estos atributos estaban invertidos. Aisa, el varón, era callado, introvertido, tímido y soñador; cualidades óptimas para una mujer mozabita pero no para un muchacho. En cambio Salma era traviesa, bulliciosa, curiosa hasta la impertinencia y dispuesta siempre a conseguir lo que se proponía, cualidades que ni aún en los jóvenes eran apreciadas por los "tolbas" (sacerdotes mozabitas).

Con tan dispares caracteres fueron creciendo y, por esos misterios de la genética, pese a tan opuestas maneras de ser o quizá por ello mismo, los dos hermanos se amaban entrañablemente. Claro que Salma era siempre la que llevaba la voz cantante y Aisa su complaciente comparsa.



De niños niños, esto no tuvo ninguna importancia ni aún entre los mozabitas. Pero, a partir de la tarde aquella en que se presentó Salma vestida de muchacho, la cosa varió. Salma le cogió gusto al traje y, con la complacencia de su hermano, sustituyó a éste en muchos de los penosos deberes que acompañan al muchacho mozabita tales como asistir a las clases coránicas y de cultura general impartida por los teólogos del M'Zab que, como se sabe, son los más estrictos intérpretes del Libro Santo y no permiten la más mínima desviación en su ibadita fé.

Por un contagio del travieso espíritu de Salma, Aisa se vistió de chica y al principio tímidamente y luego, viendo que todo el mundo le confundía, con seguro desparpajo.

Así dieron el timo a todo Beni-Izguen, la ciudad mozabita santa, santa, santa... Según su humor, un día eran Aisa-Aisa y Salma-Salma y al otro Aisa-Salma y Salma-Aisa o sea que, como amanecía el día y el humor de uno de ellos -el otro le secundaba siempre- el chico se vestía de chica y viceversa cumpliendo su cometido femenino o masculino según les correspondiese, sin que nadie, ni sus padres, ni las mujeres del harén, ni sus otros hermanos; se diesen cuenta del cambio. Tan parecidos eran.

Lo que fue un juego de niños mientras fueron niños, ya no lo fue tanto cuando cruzaron la vital línea de la pubertad. Entonces, separados ya por rígidos tabúes incluso en su propia casa, la travesura se convirtió en Salma en una avidez de libertad que acrecentaba enormemente el espectáculo de sus veladas compañeras que apenas si salían a la calle y, cuando lo hacían, tenían que ir tan tapadas que sólo mostraban un ojo y eso, porque les era imprescindible para no andar a tropicónes con los muros. Sus lecciones como "chico" le habían abierto una ventana al mundo que permanecía hermética para sus hermanas para las cuales no existían otras enseñanzas que las impartidas por las ancianas y cuya sabiduría se concretaba a la vida en los serrallos, en la manera de convivir entre ellas y de complacer al dueño y señor que las hubiera tocado en suerte. No tenían más amplios horizontes y, lo que es peor, no creían necesitarlos. Por ello Salma se las ingenió para que el engaño subsistiese pese a lo difícil que se les había puesto.

Claro que facilitó las cosas el hecho de que Aisa era barbilampiño y de maneras afeminadas. También el que, por un mimetismo laríngeo perfecto, se imitaban las voces. Pero, con todo, hubo momentos en que la superchería estuvo a punto de salir a flote como un corcho caído al agua. Sin embargo, a trancas y barrancas y con infinitas precauciones, llegaron a los dieciséis años sin que nadie descubriese el juegucito que se traían entre manos y que, a ella, le permitía alternar con los varones de Beni-Izguen -¡Vade retro Saitán!- y a él introducirse en los harenes y contemplar a las bellas y a las feas sin tapujos- ¡Terrible herejía!

Pero, al llegar a dicha edad: ¡La catástrofe!. El Caid, un vegestorio más cercano a los ochenta que a los setenta, enterado por sus confidentes femeninos de la belleza y donosura de Salma, se la pidió a su padre en matrimonio. Ella sería su cuarta esposa, flor pimpante de su vejez, anticipo a su premusiblemente próxima visita al paraíso musulmán pletórico de huries complacientes.

La consternación entre los hermanos fue total. Allí ya no cabía el hacerse pasar el uno por el otro. Su padre, sin consultar para nada a Salma, aceptó encantado el alto honor de que una de sus hijas fuese esposa del Caid.

Los hermanos pensaron huir pero, ¿a dónde?. El desierto circundante no daba muchas opciones y desconfiaban del Norte a donde podrían trasladarse en autobús o en el tren de

Djelfa, pero, ¿cuánto tardarían en dar con ellos y devolverlos a Beni-Izguen?. Por otro lado, no irían a salir de la sartén para caer en el fuego.

Así que terminaron resignándose con su suerte. Aisa ya no podría visitar harenes vestido de mujer, ¡ahora que le empezaban a entusiasmar sus visitas!; y para Salma se abría un porvenir de reclusión de por vida salvo esporádicas salidas a ver a sus familiares o en las contadas ocasiones en que se requerían los brazos de las mujeres para trabajar en los huertos.

La boda se celebró con el boato correspondiente a la alta categoría del novia y fue un día de júbilo para los benizgueños. Terminadas las ceremonias, banquetes y espectáculos organizados en torno a tan fausto acontecimiento, llegó la hora de la verdad para Salma, la cual, bien aleccionada por su madre y las otras mujeres del Caid, esperó nerviosa, curiosa y, por primera vez en su vida llena de timidez, a que el Caid exigiese la entrega de su virginal tesoro como compensación al considerable desembolso efectuado para poder llevársela honorablemente al tálamo nupcial.

Pero la verdad fue que todas sus angustias mezcladas con anhelos se convirtieron en cruel desilusión cuando su anciano señor, tras acariciar ávidamente sus incipientes encantos femeninos con manos codiciosas y lúbricas miradas, dejó para mejor ocasión la consumación del matrimonio, vencido por el cansancio ocasionado por tan ajetreado día y se durmió pesadamente. Salma, que temerosa y ansiosa a la vez esperaba conocer aquella noche el gran misterio, se quedó a la "luna del M'Zab" que brillaba fría y esplendorosa al otro lado de la tupida celosía.

Lo malo fue que, ni al día siguiente, ni a la noche siguiente, ni a la otra, ni a la otra, ni a la otra... a su marido le llegaron las fuerzas para otra cosa que, tras las consabidas caricias y sobeos, desistió de hacer probar a Salma las cantadas delicias del himeneo, por incapacidad manifiesta de lograr que "aquello" se enderezase satisfactoriamente. Y el lúbrico anciano que, por lo que se vé, esperaba que con la inserción de aquella jovencita en su harén recobraría, con la novedad y belleza, antiguas potencias; terminó desilusionado por volver a la rutina de llevarse a cualquiera de sus mujeres a la cama ya que, como se sabe, las noches en el M'Zab son gélidas. Y para lo que era capaz de hacer, lo mismo le daba que su compañera fuese Fátima, la decana con sus cuarenta y ocho años a cuestas o Salma la neófita con sus recién cumpliditos dieciséis. Los efectos eran los mismo por mucha buena voluntad y deseos que pusieran las mujeres. Todo lo más que lograban encender en el anciano eran sus ojillos con un ardor libidinoso muy poco consecuente con su capacidad física.

Pronto cayó Salma en la cuenta de que hasta el buen Alá no llamase al Caid al Paraíso donde recuperaría sus perdidos poderes, ella seguiría siendo una Salma enterita sin perder eso que convierte a las doncellas en mujeres. Y como el Caid, dejando aparte su debilidad genital, aún se mostraba fuerte y vigoroso, Salma desesperó al pensar que su juventud plena de despertados ardores, se consumiría como la de sus compañeras de harén aun cuando éstas, por lo menos, habían probado lo que es el amor sexual antes de que su marido perdiese totalmente sus facultades.

Sin embargo, aún en los harenes mejor guardados existen fisuras y por una de ellas Salma llegó a ser vista sin el "haik" (velo para la cara) por uno de los hijos del Caid, apuesto joven de veintidós años que visitaba periódicamente a su padre ya que residía en una ciudad del Norte donde vendía especias, circunstancia que le llevó a ser poco respetuoso con las costumbres mozabitas. Por su madre, Fátima, supo que éste ya había perdido todas sus facultades amatorias hasta el punto de que su última esposa seguía virgen. Y este detalle le llevó -muy

dentro del espíritu ibadita de “rebelarse contra todo soberano injusto” aunque éste fuera su padre- a pretender un encuentro con su jovencísima madrastra. Y ésta, que como sabemos tenía un ánimo emprendedor y decidido, al percatarse del efecto que había causado en Omar, cuidó que la hoguera encendida en el pecho del joven alcanzara proporciones devastadoras.

En cuanto a ella, no necesitó que soplasen muchos vientos para arder en esplendorosas llamaradas y buscar incesante la ocasión en que pudieran, a solas y sin peligro, apagar ambos incendios por lo menos momentáneamente, cosa que distó de ser fácil.

Pero lo lograron y sucedió lo que tenía que suceder, tal como acontece desde que Adán y Eva perdieron el pudor y se entregaron a juegos que, por designios de Alá, dan lugar a la continuidad de la especie humana. Salma quedó embarazada víctima de su curiosidad por saber que era lo que su marido, pese a sus repetidos intentos, no pudo darla a conocer.

Al faltarle la primera regla, supo que sus escarceos con el joven Omar iban a dar un fruto que le sería muy difícil justificar ante el Caid. Y sabía también lo drásticas que eran las leyes contra el adulterio en aquel rincón del desierto tan apartado del mundo. Y era inútil pedir al Altísimo que interrumpiese tan nefasto embarazo. Ni siquiera Lalla Sahla (la Dama que Facilita) de Ghardaia, remediaría su mal. Pero Salma era mucha Salma para dejarse abatir por el destino y se puso a cavilar cómo eludir los rigores de una pena que estaba lejos de creer merecer. Así dio con la solución.

Las mujeres del harén practicaban entre ellas, con comprensible entusiasmo, juegos sustitutorios de los que hubieran practicado con un marido en forma. Pretendían calmar así unos ardores que el decrepito Caid mantenía latentes con sus lujuriosos sobeos y frotamientos sin poder ir más allá. ¿Qué no darían todas ellas por un buen “zib”? Eso le hizo recordar a su hermano Aisa.

Para llevar a cabo su plan, obtuvo permiso de su marido para visitar a su familia que, a diferencia de la de las otras mujeres del harén, residía en la misma población. Cuando, acompañada de Fátima, la veterana, llegó a su casa paterna, le faltó tiempo para poner en conocimiento de su hermano la situación en que se encontraba y la necesidad que tenía de su concurso para no terminar lapidada en las afueras del oasis.

Al principio Aisa se mostró reacio ya que a nadie le gusta arriesgar el pellejo. Y nadie daría un “sous” por él, de trascender la diabólica idea de Salma. Mas ésta era tan persuasiva y ejercía tal poder sobre su hermano, que al final éste ante el panorama de tener un anticipo del paraíso mahometano por un lado y salvar a su hermana por otro, terminó por aceptar.

Salma, entonces, fue a preparar el terreno en el harén, donde, previos juegos amorosos con Khedidja, Salima y Fátima, las otras esposas del Caid, les comunicó que conocía a un brujo misterioso que vendía ciertas hierbas mágicas las cuales, tomadas con el té y acompañadas de ciertos ensalmos, convertían a cualquier jovencita en apuesto galán mientras durasen sus efectos.

Poco le costó a la taimada entusiasmar a sus compañeras con semejante posibilidad. Preparado el terreno, dejó entrever que, “el brujo del desierto” se encontraba en la ciudad por aquellos días y que, si a ellas les parecía bien, le compraría aquellas maravillosas hierbas y el conjuro y las tomaría ella, cosa que todas estimaron justo pues, pese al entusiasmo suscitado, no veían claro que semejante prodigio pudiera suceder sin peligro físico para la que se arriesgase a probarlo.

Ya preparados ambos terrenos, un nuevo permiso para visitar a su familia dio ocasión al cambio, sin que la escolta que la llevó hasta su casa se percatase que lo que traía de vuelta no era la más neófita de las mujeres del Caid sino un encelado jovencito lleno de ardores, anhelos y... temores.

No hace falta ser más explícito. Las recluidas mujeres se encontraron que una de ellas se había convertido en un bello y ardiente mozalbete siempre dispuesto a prodigarlas los favores de que tan necesitadas estaban. Durante la semana que pasó en el harén del Caid, Aisa quedó chupado, ojeroso, macilento y tan agotado que, con las piernas vacilantes y su visible desmejoramiento, hubo de pedir un nuevo permiso para visitar a su familia donde estaba el remedio para su salud.

El intercambio de información sobre lo que había pasado durante aquella semana, les llevó sus buenas horas a los pícaros hermanos. Luego, la verdadera Salma regresó a la mansión de su esposo “muy recuperada” de su decaimiento con gran contento del Caid pero claro desconsuelo de sus compañeras que se encontraron con una Salma que había perdido todos sus atributos varoniles.

El efecto mágico de las hierbas pronto se reveló que no se limitaba a convertir a una muchacha en mozalbete sino que, a la vez, le proporcionaban un extraordinario poder fecundante lo cual constituía el fin secreto de la pérvida moza. Salvo Fátima la veterana, las otras dos esposas del Caid quedaron tan embarazadas como Salma, cosa que les llenó de espanto. ¿Cómo justificarían sus embarazos? Pero Salma tenía respuestas para todo. ¿No pasaban, periódicamente, noches acompañando a su dueño y señor? ¡Pues ahí estaba la cuestión! ¿Es que unas mujeres jóvenes, sanas y ardientes necesitaban otra cosa que unos restrejones con su marido para quedar embarazadas? ¿No eran los esfuerzos que, para complacerlas hacia el Caid motivo más que suficiente para que Alá lo premiase con nueva descendencia? Nadie tenía por qué saber lo de las hierbas y, si todas estaban de acuerdo -que lo estuvieron- el Caid sería el padre de todo lo que naciese pues ella también -se conoce que por el influjo “a la inversa” de los dichosos hierbajos- también se hallaba embarazada.

Cuando el conocimiento de su futura paternidad “por partida triple” llegó a oídos del Caid, éste se sumó en profundas reflexiones y no menos profundas investigaciones que le llevaron a la certeza de que ningún extraño había profanado su serrallo. Quizá, quizá... algún “djenum” (genio maligno) enamoradizo...pero no; Alá no permitiría semejante aberración. Lo cierto era que las mujeres, salvo Salma, no habían abandonado para nada el recinto a ellas destinado en el cual nunca penetró más varón que él. Así que hubo de rendirse a la evidencia. ¡Su blando y flojo “zib” guardaba, aún, poderes especiales!

Las gentes del M'Zab se vieron sorprendidas por la repentina e inusitada fecundidad de las mujeres de su jefe. Y si hasta entonces le tenían por un hombre ponderado y justo, desde entonces le atribuyeron facultades de superhombre capaz de habérselas con aquel hermoso plantel de mujeres, -les constaba su hermosura por confidencias de sus esposas, no por que ellos las hubieran visto, ¡bueno fuera!- y fecundarlas. Claro que a esta conclusión se llegó después que los más maliciosos de los mozabitas, ayudados por sus envidiosas y celosas esposas, investigaron cuidadosamente la vida de aquellas privilegiadas mujeres, las visitas que recibieron y todo lo que, de cerca o de lejos, las concerniese; con esa meticulosidad y paciencia propias de los fieles de Mahoma, sin que la más mínima anomalía descubriesen en su conducta.

Así, fue general la creencia de que el anciano Caid, ya rondando los ochenta años, conservaba una virilidad que hombres en la cuarentena ya habían perdido. ¡Tan bien

guardado quedó el secreto de las "Hierbas mágicas" de Salma!

Sus ansiosas compañeras pidieron repetidamente a ésta una nueva transformación. Incluso la veterana Fátima, la única no embarazada, solicitó ser la próxima en transformarse, pero la astuta Salma alegó que el "brujo del desierto" se había trasladado a lo más recóndito del Africa Ecuatorial en busca de un nuevo surtido de hierbas y que era posible que tardara años en volver o que, quizá, no volviera nunca.

Cuando, en su tiempo, Salma dio a luz un hermoso niño "vivo retrato del Caid" -como todos y todas reconocieron- ya nadie dudó de la legitimidad del padre. Luego, habiendo nacido todo el resto de la camada de las "hierbas mágicas", pasadas las correspondientes cuarentenas y ante la insistencia de Aisa por un lado -que habia cogido extremado gusto a su paso por el harén del Caid- y de las hambrientas mujeres del serrallo por otro, regresó (con Omar, pero de esto nadie se dio por enterado salvo Salma) el "brujo de las hierbas" con tan buena fortuna que, aún en su lecho de muerte, el anciano fue capaz de engendrar nuevas vidas en sus esposas más jóvenes: Khedidja y Salma.

Y los maravillados mozabitas se decían unos a otros refiriéndose a la potencia genital del moribundo Caid:

- ¡Jo, que tio!

